



Ideario

El alma de nuestro
proyecto educativo

FUNDACIÓN DIOCESANA DE ENSEÑANZA MANUEL SIUROT

Diócesis de Huelva

Índice

Introducción 1

Elementos históricos 3

Ejes trasversales de la Fundación 11

Misión, visión y valores..... 25

Rasgos del profesor 29

En agradecimiento y reconocimiento a D. **Baldomero Rodríguez Carrasco**, cuya dedicación y entrega al frente de la obra educativa diocesana, así como su labor de investigación de la figura de D. Manuel Siurot nos permiten hoy ofrecer estas inspiradoras líneas.

*«¡Ah, Jesús mío! Si no tuviera más prueba de tu divinidad
que la lágrima del niño, con ella me salvaría, con ella
conquistaría el cielo, por ella sería apóstol de tu doctrina».*
(Siurot, 1964, p. 201)

Del mismo modo que, todo cuerpo requiere del alma para adquirir la esencia humana, toda organización necesita unos valores que orienten e inspiren su quehacer diario. Esa es, precisamente, la función que cumple el ideario.

Por otro lado, el ideario tiene como misión convocar a los miembros de una determinada organización en torno a la mesa del recuerdo. Un recuerdo que, lejos de ser una mera añoranza de un pasado mejor, nos ayuda a pasar por el corazón aquellos elementos nucleares que nos dan identidad. Dicho de otro modo, el ideario son las raíces que no sólo dan firmeza al conjunto, sino que, además, aportan los nutrientes necesarios para que desde el tronco hasta las hojas más lejanas, pasando por cada una de las ramas, todo el árbol crezca y se desarrolle armoniosamente, lleno de vida y de esplendor.

En definitiva, el ideario nos recuerda quienes somos, dándonos fuerza y vigor, permitiendo, por otro lado, leer e interpretar los signos de los tiempos, es decir, las respuestas que se han de dar para encarnarlo en el hoy de nuestra historia.

La Fundación Diocesana de Enseñanza Manuel Siurot, no nace de la nada. Es fruto de una rica herencia, del trabajo de muchas generaciones, del empeño generoso de quienes, siguiendo la voz del Maestro, trataron de poner en práctica sus enseñanzas. Pero, sobre todo, es fruto de la Gracia de Dios que no cesa de mover los corazones de los creyentes para que lleven adelante el proyecto del Reino.

Lo que presentamos a continuación, no pretende ser un marco cerrado y definitivo sino una puerta abierta que sirva para que, quienes se asomen por primera vez a nuestra casa, puedan descubrir nuestra alma, esa que ha inspirado y sigue inspirando cuanto somos y hacemos.

Elementos históricos

Nacimiento de la Fundación

La Fundación Diocesana de Enseñanza Manuel Siurot nace para integrar los diversos proyectos educativos de la Diócesis, sustituyendo la Asociación Diocesana de Centros Educativos (ADICE), que fuera constituida el 28 de enero de 1986 por el obispo de Huelva, D. Rafael González Moralejo. Con ello, la Diócesis de Huelva, en continuidad con el proyecto anterior, pretende mejorar el marco administrativo y legal de sus entidades educativas, permitiéndole, no sólo adaptarse a los nuevos tiempos, sino seguir coordinando los centros de la Diócesis en torno a un mismo ideario cristiano, garantizando, al mismo tiempo, una enseñanza de calidad.

La Fundación fue erigida canónicamente por D. Santiago Gómez Sierra, obispo de Huelva, en la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, el 24 de junio de 2022. Los miembros del patronato fueron nombrados el 16 de julio del mismo año, festividad de la Virgen del Carmen, reuniéndose por primera vez el 28 de julio, festividad de san Pedro Poveda. En la reunión de constitución, presidida el obispo de Huelva, además de tomar posesión los patronos, se definieron los órganos técnicos y se acordó ceder la titularidad de los diversos centros educativos de la Diócesis a la Fundación.

En la actualidad la Diócesis de Huelva cuenta con tres proyectos educativos: el Colegio Diocesano Sagrado Corazón de Jesús, situado en el edificio del Seminario, la Escuela Parroquial de San Juan Bautista de San Juan del Puerto y el Centro de Formación Profesional Nuestra Señora de las Mercedes de Bollullos del Condado.

Historia de los diversos proyectos educativos que integran la Fundación

Las escuelas del Sagrado Corazón de Jesús

Las escuelas del Sagrado Corazón de Jesús nacen en los albores del siglo XX fundadas por San Manuel González García, quien tuviera a D. Manuel Siurot Rodríguez como fiel colaborador. Con dicho proyecto educativo, los "Manueles", movidos por el ardor que nace de la fe, trataron de paliar la lamentable situación educativa que presentaba la provincia de Huelva. En una carta manuscrita que el Gobernador dirige al Sr. Alcalde de la Ciudad le comunica dicha penosa situación:

"Siendo la población escolar de Huelva de 2.840 alumnos de ambos sexos, y no existiendo más que doce escuelas públicas, resulta aproximadamente un contingente de 1.200 niños que reciben educación e instrucción; vagan por las calles 1.500 niños y niñas a quienes no puede proporcionarla la 1ª enseñanza".

Concretamente, será el 25 de enero de 1908, en un terreno anexo a la Iglesia de San Francisco, cuando queden inauguradas las Escuelas del Sagrado Corazón de Jesús. Al mes siguiente, la Escuela de la Cinta, que hasta ese momento había sido regentada por el ayuntamiento onubense, entrará a formar parte de las Escuelas Católicas del Sagrado Corazón de Jesús. Posteriormente, el 10 de julio se inauguraron las Escuelas del Sagrado Corazón de Jesús en el barrio del Polvorín para 150 niños y niñas de la zona; escuelas que posteriormente (28 de noviembre de 1933) pasaran a manos de la Compañía de Santa Teresa, fundada por Enrique de Ossó.

Junto con el esfuerzo de otras entidades educativas católicas y con el apoyo de las instituciones públicas, San Manuel González y D. Manuel Siurot sentaron las bases del progreso de la capital onubense. A través de la educación, las Escuelas trataban, por todos los medios, de dar una respuesta adecuada a una Huelva que conocía unos índices de analfabetismo alarmantes, donde más de la mitad de la población de la provincia no sabían ni leer ni escribir.

Igualmente, las escuelas del Sagrado Corazón influyeron de manera notable en las autoridades educativas de la capital como pone de manifiesto un Informe de la Comisión Municipal de Inspección:

“El Magisterio es un sacerdocio y siempre reclama la vocación necesaria para cumplir con la misión altísima de formar santos para el cielo y ciudadanos para la tierra, atendiendo simultáneamente al desarrollo físico, intelectual, religioso y moral del niño, para que así resulte acabada y completa su educación.”

En las dos décadas siguientes, las Escuelas del Sagrado Corazón se consolidarán. De la mano del resto de entidades educativas católicas presentes en la capital onubense, en el año 1926 la matrícula en los Colegios Católicos que integraban el grupo de escuelas subvencionadas era tres veces superior al de las restantes escuelas.

Posteriormente, las Escuelas del Sagrado Corazón sufrirán un periodo de agonía y destrucción de las mismas. Las Escuelas serán perseguidas por su índole católica, como denunció públicamente D. Manuel Siurot el 15 de abril de 1935. A pesar de haber servido a la promoción humana y social de la Huelva de principios del siglo pasado, las Escuelas del Sagrado Corazón de Jesús del Barrio de San Francisco serán destruidas y saqueadas por las turbas anticatólicas.

Los años que van desde 1936 a 1940, podrían ser definidos como un periodo de reconstrucción y al mismo tiempo orfandad. D. Manuel Siurot, apoyado por la Asociación de Antiguos Alumnos y a través de la Comisión para la reconstrucción de las Escuelas, logrará abrir de nuevo sus puertas el 5 de abril de 1937. Ese mismo año, D. Manuel Siurot, en la festividad del Sagrado Corazón de Jesús, celebrada el 4 de junio, donará a las Escuelas una magnífica imagen del Sagrado Corazón, a tamaño natural, obra del escultor sevillano D. Sebastián Santos Rojas. Posteriormente, el año 1940 conocerá la partida hacia la casa del Padre de los dos “Manueles”. Primero, San Manuel González, el 4 de enero y unos días después,

el 27 de enero, D. Manuel Siurot. De este modo, las Escuelas quedaban huérfanas, comenzando una nueva etapa bajo la dirección de D. Julio Guzmán López y de D. José Saavedra Navarro en calidad de patronos. En los años sucesivos, las Escuelas contarán con el apoyo estatal, frente a la indiferencia de las autoridades locales.

A modo de resumen de cuanto hemos dicho hasta ahora, podemos subrayar que gracias a las Escuelas del Sagrado Corazón se regeneró de manera significativa social y moralmente a los más pobres de Huelva, a través de una serie de obras llevadas a cabo desde la inspiración cristiana, pues al decir de Siurot:

“en el mundo no ha habido más que un solo amigo de los pobres: Jesucristo; y una sola doctrina en la que se juntan el cielo y la tierra para obsequiar a los humildes: el Evangelio”.

Huelva no sólo recobró el respeto sino que despertó la admiración de propios y extraños gracias a la educación cristiana impartida en sus famosas Escuelas del Sagrado Corazón de Jesús, de las que se habló y escribió dentro y fuera de nuestras fronteras con verdadero elogio y admiración.

A golpes de sacrificios y de desvelos, los dos “Manueles” rompieron en el yunque del amor y de la entrega las cadenas del infortunio de muchos onubenses y de sus descendientes. Unos estudiaron carreras, otros aprendieron una profesión honrada y, no pocos, fueron colocados desde las mismas Escuelas en comercios, industrias y negocios de la ciudad y provincia. ¡Y todo de forma totalmente gratuita!

Y, finalmente, se ofreció a Huelva un modelo perenne de “Escuela Popular” y de Acción Social, patrimonio espiritual sin par, legado por estas dos figuras señeras de un onubensismo auténtico y macizo de ayer, de hoy y de siempre.

Sucesivamente, la década que va desde el año 1958 al 1968 las Escuelas conocerán otro periodo que pondrá en dificultad su supervivencia. Desprovistas de subvención pública, las Escuelas presentaban numerosas carencias. Todo ello llevará a la dirección de las Escuelas a solicitar de las diversas autoridades eclesásticas

el cambio de emplazamiento. Finalmente, el 23 de septiembre de 1964 serán derribadas, siendo los niños agrupados, provisionalmente, en unos locales comerciales de la barriada Tartessos.

Por fin, el 25 de marzo de 1969 el Sr. Obispo de Huelva D. José María García Lahiguera colocó la primera piedra de las nuevas Escuelas del Sagrado Corazón de Jesús, situadas en la calle Juan de Oñate de Huelva. Dichas nuevas instalaciones fueron inauguradas y bendecidas el 26 de marzo de 1971 por el Nuncio de SS. en España, Monseñor Dadaglio, acompañado del nuevo obispo de Huelva, D. Rafael González Moralejo, miembros de la familia de D. Manuel Siurot y otras autoridades civiles y militares.

Tras años de estabilidad en las Escuelas del Sagrado Corazón, la Diócesis de Huelva, impelida por el Informe de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, comienza un tiempo de cambio y de revisión de su obra educativa. Según dicho informe se “estima que sería conveniente y hasta necesario que en cada Diócesis, cada Sr. Obispo animara el trabajo de planificación de los centros educativos de la Iglesia en el marco del proyecto de Reforma de Enseñanza que propugna la LOGSE”. De manera particular, será la Asociación Diocesana de Centros Educativos (ADICE), coordinada por D. Baldomero Rodríguez Carrasco, junto a una comisión de personas técnicas quienes se encarguen de realizar un proceso que tendrá como resultado el traslado de los centros educativos que la Diócesis tenía en la ciudad (Escuelas del Sagrado Corazón de Jesús, Colegio San Leandro, Colegio Virgen de los Milagros y Centro femenino formación profesional Santa María de la Rábida en Huelva) al edificio del Seminario. Contando con el apoyo del clero, de los alumnos y de las familias, se darán los pasos oportunos para que el Colegio Diocesano Sagrado Corazón de Jesús sea reconocido por las administraciones educativas pertinentes como centro concertado. Así, el 19 de febrero de 1998 por fin aparecerá publicada en el Boletín Oficial de la Junta de Andalucía la autorización definitiva para que el centro pueda impartir todas las enseñanzas que había solicitado: Educación Infantil, Educación Primaria y Secundaria Obligatoria, Bachillerato y Formación Profesional.

Colegio San Juan Bautista de San Juan del Puerto

Los orígenes del Colegio San Juan Bautista de San Juan del Puerto se remontan al escrito remitido el 12 de marzo de 1966 por D. Domingo Fernández García, párroco de la Iglesia de San Juan Bautista, sita en San Juan del Puerto, al Sr. Ministro de Educación. En dicho escrito se solicitaba la autorización para crear una escuela parroquial con dos secciones, una de párvulos y otra unitaria de varones. Dicha solicitud se basaba en la necesidad de dar respuesta a la población que se iba asentando en el polo de desarrollo industrial de Huelva.

La iniciativa tuvo favorable acogida por el Ministerio de Educación, pues el 4 de julio de 1966 se ordenaba la publicación en el BOE de la Orden de la Dirección General de Enseñanza Primaria de esa misma fecha por la que se autorizaba el funcionamiento legal del Colegio Parroquial de San Juan Bautista, en la calle General Prim nº 1 de San Juan del Puerto. Dicho Colegio será declarado Subvencionado el 20 de abril de 1967.

El 15 de mayo de 1969, el mencionado D. Domingo Fernández García, dada la afluencia de alumnado al Colegio, solicitó la calificación de Nacional para una sección de párvulos, una de varones y otro de niñas con la condición de darse en ellas enseñanza totalmente gratuita.

El 6 de junio 1980, por Decreto 1412/1980 (BOE de 12 de julio), el Ministerio de Educación declara “de interés social” la construcción de un nuevo centro, sucesor de aquel, con una capacidad de ocho unidades de Enseñanza General Básica.

Centro de Formación Profesional Nuestra Señora de las Mercedes de Bollullos del Condado

En 1967 se culmina el proyecto urdido por D. Juan Mairena para construir en Bollullos del Condado un centro de Formación Profesional que acogiera a toda la juventud del Condado, pero que luego llegó a integrar alumnos de la Sierra y el Andévalo de Huelva.

La finalidad principal era la creación de un Centro de Formación Profesional, un centro que facilitara el acceso a un oficio

para familias con unas circunstancias económicas o familiares difíciles. Por lo que, además de una formación académica, esta iniciativa suponía una prestación social a los jóvenes de Bollullos y del entorno que facilitara la búsqueda de empleo, así como la consecución de una formación integral.

En la financiación de la obra se utilizaron los famosos "bonos" de 500 pesetas (3,00 €), que se ejecutaban económicamente o mediante "peonadas", en las que participaron un gran número de personas de todos los niveles sociales. El espaldarazo final se consiguió, cuando se le ofreció parte de los terrenos de la Diócesis al Ministerio de Educación y Ciencia, para que cargara con el resto de la financiación de la obra. Estos dichos terrenos luego se construirá el actual CEIP Reyes Católicos.

En principio se hizo cargo de la dirección del centro D. Antonio Vergara, párroco entonces de la ciudad, que posteriormente fue relevado por los Escolapios, la orden que se encarga de la dirección del centro en años sucesivos, y que estuvo hasta finales de la década de los setenta.

En su origen, el centro incluía un internado, donde llegaron a pernoctar más de 25 alumnos, provenientes de los rincones más alejados de nuestra provincia, y algunos profesores.

Los primeros años, el centro era de Formación Profesional de Primer Grado, con especialidades de Electricidad y Mecánica, añadiéndose posteriormente la especialidad de Administrativo. No fue hasta 1977 cuando se comenzó con el Segundo Grado. Hablamos de la Formación Profesional de 5 cursos, donde los dos primeros se obtenían el título de Oficialía (luego Técnico Auxiliar), y con los cinco se conseguía el de Maestro Industrial (luego Técnico Especialista). En esta época todavía los alumnos tenían que abonar una cantidad mensual para el mantenimiento del Centro.

Al principio de la década de los ochenta, se implementa la concertación de las unidades educativas y el pago delegado pasando a ser un centro concertado. En la década de los 90 se le otorgaron unidades de Enseñanza Secundaria Obligatoria (ESO), que desaparecieron a principios de los 2000, volviendo a lo que

siempre fue este centro, un Centro de Formación Profesional Específica.

En estos años, y con los cambios de legislación, se añaden además las especialidades de Técnico en Comercio y Equipos Electrónicos de Consumo, que se suman a la ya establecida especialidad de Instalaciones Electrotécnicas. A finales de la década de los 90 es también cuando se le conceden dos unidades de Programas de Garantía Social (PGS), para dar una oportunidad a los alumnos que prácticamente estaban fuera del sistema educacional, y de la cual, la Diócesis se siente muy orgullosa.

Posteriormente los PGS, debido a los cambios legislativos se transforman en Programas de Cualificación Profesional Inicial (PCPI). Finalmente, en el curso 2014-15, con la aplicación de la LOMCE se convirtieron en la actual Formación Profesional Básica (FPB), disponiendo en la actualidad de dos unidades en la especialidad de Servicios Administrativos. En ese mismo curso se incorporó la última especialidad: Técnico en Instalaciones de Telecomunicaciones.

Posteriormente, en el curso 2015-2016 el ciclo de Técnico en Comercio entró a formar parte del grupo de Ciclos LOE, lo que implicó una unidad más para el Centro. Además, este ciclo pasó a denominarse Técnico en Actividades Comerciales.

De esta forma el Centro queda configurado con un total de 10 unidades, de las cuales 8 pertenecen a 4 Ciclos de Formación Profesional de Grado Medio y 2 unidades de Formación Profesional Básica.

Ejes transversales de la Fundación

Para delinear los ejes transversales de la Fundación, vamos a centrar nuestra mirada, de manera especial, en la herencia pedagógica que nos dejó D. Manuel Siurot. Una pedagogía que, como el mismo autor reconoce, más que de los libros, procede de la experiencia: «Debo hacerte constar que los niños han sido el maestro y yo el discípulo» (Siurot, 1964, p. 9).

Sus planteamientos pedagógicos no sólo guiaron la obra educativa de las Escuelas del Sagrado Corazón, sino que, dada su originalidad y su valor estimamos que deben seguir latiendo en el corazón de nuestra Fundación, inspirando, orientando y animando la labor de todo el cuerpo educativo.

El humanismo cristiano

El primer elemento que define el ideario de nuestra Fundación es el denominado **Humanismo Cristiano**. A diferencia de otros humanismos centrados sólo y exclusivamente en el ser humano, el humanismo cristiano, añade y resalta, no sólo que la persona está llamada a ser el centro de la vida social, económica, cultural, política, educativa, etc., sino que ésta encuentra su fundamento último en **Dios como creador** suyo y de todo cuanto existe.

Además, dicho humanismo señala a **Jesucristo** como el camino (cf. Jn 14,6) a través del cual el ser humano se realiza plenamente. Como nos recuerda el Concilio Vaticano II «el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado» (GS 22). Y, al hacerlo, nos revela la dimensión eminentemente relacional del ser humano, que no se realiza individualmente, sino en el seno de una relación que lo vincula originariamente a Dios y, a través de suya, al resto de seres humanos, sus hermanos, y también a la creación entera.

Eso es, precisamente, lo que viene a expresar el concepto teológico que presenta al ser humano creado a imagen y semejanza de Dios (Cf. Gén 1,26). Una imagen que, como consecuencia del pecado original, ha quedado desdibujada. En este sentido, la educación, inspirada en la visión cristiana del hombre, está llamada a insertar al ser humano dentro del plan redentor de Dios, que, en Cristo, ha recreado y restaurado lo que el pecado había destruido (Cf. Rom 5,19-21).

Manuel Siurot, en conexión con la tarea de reconstrucción de la imagen originaria de la creación, considera que «el ideal ha de consistir en que el maestro sea sólo un director de la propia espontaneidad natural, corrigiendo defectos, allanando caminos, alumbrando oscuridades, y desbrozando malezas, para que el reflejo de Dios, que vislumbra cada alma de modo distinto, surja con toda la luminosidad original con que Dios le plugo crearlo» (Siurot, 1929, p. 303). Además, añade el pedagogo onubense, que los maestros «somos colaboradores de la gracia de Dios para triunfar de estos pecados. Dios pone su gracia, yo pongo mi esfuerzo. Esto es bien claro» (Siurot, 1925a, p. 6).

Hablar de humanismo cristiano significa aceptar al hombre en esta dialéctica de libertad abocada a un proyecto salvífico, realizado en Cristo Jesús, nuestro Señor. La actividad educativa, por tanto, no puede ser ajena a este humanismo cristiano que se convierte no en "una alternativa" de respuesta a la aspiración de la humanidad, sino que es "la alternativa". De este modo, el humanismo cristiano nos ayuda a los educadores a tomar conciencia de que somos colaboradores no sólo de la labor inestimable de las familias, sino, sobre todo, del obrar divino en cada ser humano. Así pues, para educar en sentido pleno es necesaria la gracia de Dios. De lo contrario, tanto el esfuerzo del educando como el del educador serán ineficaces para alcanzar tan sublimes metas.

Este "ideal humano", que se encierra en la visión cristiana del hombre y que da lugar al "humanismo cristiano", es el que está en la base de la opción educativa de San Manuel González y D. Manuel Siurot, así como estuvo en otros muchos educadores anteriores y de la época, como San Marcelino Champagnat (1789-1843), San Juan

Bosco (1815-1843), Enrique de Ossó (1840-1896), Andrés Manjón (1846-1923), Pedro Poveda (1874-1936), etc.

La Fundación Diocesana de Enseñanza quiere entroncarse dentro de esta amplia tradición del humanismo cristiano, al igual que hicieron sus fundadores, actualizándola y acercándola a nuestros alumnos y familias del siglo XXI.

La promoción humana y social

En la génesis de muchas de las obras educativas de la Iglesia, y también de los diversos proyectos educativos que han germinado en la Diócesis de Huelva, ha estado el deseo y el empeño por la promoción humana y social de los hombres y mujeres más desfavorecidos. Concretamente, San Manuel González y D. Manuel Siurot se encontraron una Huelva que presentaba importantes bolsas de pobreza no sólo en el ámbito educativo sino también en el orden económico, social, moral y religioso. Estos sabían que la educación representaba una de esas vías regias que permite a tantas personas dejar atrás la lacra de la pobreza. En este sentido afirma Siurot que «hay que fomentar la educación de todas las clases sociales, dándola sin tregua ni descanso a los que no la tienen, a los más pobres; esto es lo primero y principal... Hay que dilatarles el entendimiento para que aprenden; hay que dilatarles el ecuador del corazón para que amen. Este es el camino de la verdadera regeneración de los pobres».

Movidos por tan altas metas, desde las Escuelas se llevarán a cabo numerosas iniciativas que, conjuntamente con la labor pedagógica, contribuirán a la promoción humana y social de numerosos niños y de sus familias.

De este modo, por ejemplo, en el año 1913, con motivo de la huelga de Río Tinto, las Escuelas del Sagrado Corazón salieron al paso de las contingencias que afectaban de manera especial a los más pobres, llegando a repartirse en el mes de noviembre más de 6.500 comidas. También desde noviembre de 1914 a julio de 1915, debido a la primera guerra mundial y a requerimiento personal del director del periódico "Tierra minera" se repartieron en las Escuelas 88.355 raciones de comidas a los niños necesitados. Por otro lado,

en 1920, durante otra huelga salvaje de Río Tinto, Manuel Siurot y sus Escuelas volvieron a ser requeridos por el Comité de Huelga para remediar el hambre de los hijos de los obreros, ofreciendo comida durante cinco meses a más de 800 niños.

Las Escuelas no sólo dieron respuesta a través del Comedor. También el Ropero cumplió una misión importante. De este modo las Escuelas hacían realidad aquellas palabras de Siurot: «La pobreza de nuestros niños nos obliga a una Pedagogía complicada con la necesidad de dar a las criaturas pan y corazón, ropas que abriguen sus cuerpos, besos para que abriguen sus penas y mucha intimidad cariñosa».

Además, de estas acciones puntuales y sin perder los fines educativos las Escuelas, éstas también fomentaron la búsqueda y entrega de viviendas higiénicas. A través de un grupo de católicos muy afines a las Escuelas se construyó una barriada de casas para obreros, un total de 21 viviendas gratuitas en lo que vino a conocerse popularmente como el “Barrios de los Curas”.

En cuanto al resto de proyectos educativos de la Diócesis, tanto la Escuela parroquial de San Juan del Puerto como el Centro de Formación Profesional de Bollullos desde sus inicios han tratado de contribuir a la promoción humana y social de sus respectivas poblaciones y territorios. Animados por el compromiso que nace de la fe, han puesto y siguen poniendo todo su empeño para que ninguno quede excluido, sobre todo, del conocimiento de nuestro mayor tesoro: Jesucristo.

Una pedagogía de carácter integral

Según los presupuestos de la filosofía de la educación podemos llegar a establecer que el fin de la educación es la perfección del hombre, la formación integral del educando. El problema radica en que no todos reconocen las mismas dimensiones en el ser humano, alargando o recortando, en función de ello, las facetas a incluir en el acto educativo. Especialmente, el debate se cierne en torno al papel que juega la denominada dimensión espiritual o religiosa.

En nuestro caso, consideramos que no es posible hablar con propiedad de una pedagogía de carácter integral si ésta orilla la apertura connatural del ser humano a la trascendencia. Y ello, especialmente, porque a dicha dimensión le corresponde la importante función de armonizar y dar fundamento al resto de áreas del ser humano. Por otro lado, consideramos que la eliminación de Dios no sólo difumina la dimensión religiosa, que es vista tan sólo desde los criterios de la antropología social y cultural, sino que dificulta en gran medida una educación basada en la virtud. El resultado es un ser humano que gira sobre sí mismo, atrapado por la inercia de las leyes de un mundo finito en el que trata de buscar, desesperadamente, una esperanza que sólo en Dios alcanza su plena realización.

A este respecto comenta Manuel Siurot que «el mundo está completamente perdido. La inmensa mayoría de la gente vive sin Dios. El hombre ha cortado sus relaciones con lo sobrenatural y se ha entregado tan de lleno al paganismo naturalista... Dios estaba y hay que suprimirlo, o no estaba y se le desprecia con la más cruda y fría de todas las negaciones» (Siurot, 1925b, p. 2).

De este modo, una educación que presuma adoptar un carácter integral ha de estar dispuesta a asumir, junto con el resto de elementos del acto educativo, la dimensión trascendente del ser humano. La instrucción en los diversos saberes debe ser acompañada por aquella sabiduría inscrita por Dios en el corazón del hombre y que hace de este no sólo alguien intelectualmente sabio sino un virtuoso y un santo. Como dirá el mismo San Manuel González de la pedagogía de su ardiente colaborador: «una pedagogía que prepara y educa al niño para hombre completo y cabal en la tierra y para santo en el cielo: esa es la pedagogía que a mí me gusta, que me llena, y esa es la que, sin darse cuenta, practica y lleva a su perfección nuestro Siurot». (Siurot, 1929, p.13)

En definitiva, el fin de la educación, según Siurot, se identifica con el fin último del hombre. Educar es hacer posible que el educando sea el hombre nuevo, redimensionado por la redención de Cristo. Sin esta dimensión, toda otra meta educativa queda desvirtuada.

Necesidad de formar maestros cristianos

Si algo obsesionaba a D. Manuel Siurot era la necesidad de formar maestros cristianos. De hecho, llegará a afirmar «que un maestro que no sea cristiano no puede educar de veras a los niños de nuestra civilización» (ivi., p.112). Siurot conocía bien que la labor del educador requiere un empeño enojoso, lleno de dificultades, de incomprensiones y de contrariedades. Por eso educar por vocación y con sentido de generosidad sólo es posible cuando existe una motivación que nace de la fe. A este respecto sigue diciendo Siurot: «Y yo afirmo que no hay maestro de niños pobres, que a los tres meses de trato, no les haya perdido el cariño natural, y por tanto, que para educarlos es necesario el cariño de la gracia». (ivi., p. 43)

Evangelizar es educar

Si algo tenía claro Siurot era que las Escuelas del Sagrado Corazón de Jesús debían estar inspiradas por la fe y el ejemplo de Cristo. El principio básico que rige todos los demás principios siurotianos es el canon primero de sus escuelas: «Si alguno dijere al niño que no se le deba hablar de Jesucristo y enseñarle su doctrina, sea excomulgado». (p.321)

Dos rasgos fundamentales se destacan de sus Escuelas fueron tanto la confesionalidad de la escuela como la educación religiosa en la misma. Ambos se conectan intrínsecamente con la realidad del maestro cristiano; más aún, del segundo dependerá que se dé lo primero.

Todo ello nos lleva a reconocer que el proyecto educativo de la Fundación nace del mismo corazón de Cristo y tiene como meta el anuncio de aquella Verdad, que es Cristo, que salva y libera al ser humano. Por ello, su proyecto educativo está llamado a ser cauce de evangelización en clave misionera. Se trata de hacer un anuncio directo y constante del mensaje evangélico, ayudando a descubrir el sentido cristiano de la vida y de la historia, motivado por el testimonio y el ejemplo de los educadores.

Y, todo ello, desde la clara conciencia de que no hay verdadera educación si esta no implica el anuncio explícito de Jesucristo, ya que la auténtica formación consiste en dar forma a Cristo en el corazón de los educandos (Gal 4,19).

Educar en la bondad

«¿Qué es educar? Formar hombres buenos. Cuando el hombre es bueno está educado».

(Siurot, 1924, p. 4)

Según la visión de Siurot educar es formar hombres buenos. De tal manera que, cuando el hombre es bueno podemos decir que está educado. Esta bondad de la que habla Siurot se identifica con el concepto de virtud, cuya consecución es la que pretende la educación en la concepción filosófica-teológica de Santo Tomás. El hombre virtuoso de Santo Tomás es el hombre bueno de Siurot y, en definitiva, el hombre santo.

Así pues, Siurot considera tal el valor de la bondad como fin de la educación que toda otra meta quedaría descalificada si no estuviese fundamentada en ella. Más aún, debe ser una bondad cuya proyección sea amar a los demás, de lo contrario no hay tal educación. Así dice Siurot: «Si con un sistema educador formamos un ciudadano muy instruido, en posesión de todas las distinciones sociales, menos de aquellas que consiste en sentirse bueno o con capacidad de serlo para los demás, todo nuestro esfuerzo educador habrá sido un fracaso» (Siurot, 1935, p. 126).

Educar al amor

«El amor es el nervio de toda la enseñanza».

(Siurot, 1929, p.53)

La primera cualidad que debe revestir a un buen profesor es el amor a los alumnos. Y es que, las consecuencias de la falta de amor son desastrosas en el niño. En este sentido afirma Siurot que es «preciso que los hombres buenos, los que de algún modo intervenimos en el magno problema, seamos sustituidos de las madres sembrando muchos amores en la tierra fértil del niño, impidamos que esta criatura llegue luego a la sociedad con el corazón en crisis y ausente de besos y caricias, porque entonces la

fiera humana deshonrará todos los días a la civilización en la que vivimos». (Siurot, 1935, p.300).

Ahora bien, cuando hablamos de amor, inspirados en la pedagogía de Siurot lo hacemos en sentido cristiano, es decir, nos referimos a un amor nacido de la gracia, enriquecido por la Eucaristía, vivido en la alegría, sacrificado como el de Cristo y abierto a la creatividad que nace del Espíritu. Veamos cada uno de los términos que Siurot une al amor.

1. En primer lugar, como ya hemos comentado, el maestro ha de entender que es un colaborador de la **Gracia divina**. El sobrepeso que pone Siurot sobre la necesidad de que estén presentes en el maestro la gracia y el valor cristiano del amor, no supone la negación de la preparación intelectual o la disponibilidad natural, sino complementación necesaria. No es dialéctico el binomio ciencia-amor, aunque si por hipótesis fuera dilemático, Siurot se inclina por lo que para él es fundamental: El amor cristiano: «Prefiero maestros buenos, maestros de amor, a maestros de sabiduría. Si me dais las dos cosas juntas entraremos casi en la zona del ideal; pero si me obligáis a escoger, sabed, amigos míos, que me quedo con los primeros [...] Con el amor sólo, se llega, si se quiere, a la ciencia; con la ciencia solo no se llega al amor». (Siurot, 1929, pp.309-310).
2. En este contexto del amor como valor fundamental del maestro, destaca Siurot una nueva característica íntimamente correlacionada: el **ser eucarístico**. Éste no concebía que un maestro pudiera serlo y no frecuentase la eucaristía. De hecho, consideraba que la Eucaristía debía ser fuente ineludible de educación, en primer lugar, para el maestro. Asimismo, indicaba que cuando la eucaristía es vivida como lo que es, es decir, como auténtica acción de gracias, necesariamente se convierte en germen que impulsa a los maestros a ser «apóstoles y mártires capaces de repartir a sus alumnos el corazón como una eucaristía paternal» (Siurot, 1927, p.2).

Quedan pues enlazados actitud eucarística y actitud de amor y cariño a los alumnos. «Ir con los niños a misa y a los

actos de culto y, sobre todo, comulgar con ellos, porque en esa práctica divina está el secreto que hace olvidar las amarguras del magisterio, las ofensas de los demás y las miserias del corazón».

3. No menos expresivo es el autor cuando habla de la **alegría**. Esta es una característica que debe empapar todo el proceso educativo y de una manera especial al maestro cristiano, como agente principal del mismo. Así dice Siurot: «Maestro alegre, enseñanza alegre, luz, aire y alegría en la escuela, producen alegría en el niño, sin la que toda la enseñanza es incompatible y mala». (Siurot, 1929, p. 75)
4. Otro elemento indispensable que en el pensamiento siurotiano describe al amor auténtico es el valor del **sacrificio**. Un maestro sacrificado es el que mejor realiza la obra educadora, porque imita a Cristo. «Sacrificio es Jesús, su vida, su Eucaristía, su calvario [...] No hay heroísmo que no lo tenga, ni maternidad que no se nutra de él, ni magisterio que no se alimente de su esencia». (ivi., p. 307) Efectivamente, el modelo más claro y evidente de maestro sacrificado es Cristo. Su pedagogía es actuar ante las injusticias y pecados del hombre con sacrificio, motivado por el amor. Por eso, Siurot, tras descubrir el comportamiento de Cristo, dice: «Eso es pedagogía, eso es enseñar. Todo lo demás, ¿qué es? [...] Adapten los maestros esta enseñanza a la pobre pequeñez de nuestra humildad, y verán que el sacrificio es mar fecundo de bendiciones que se le entran por las puertas de su clase». (ivi., p. 315)
5. Finalmente, podemos decir que para Siurot el amor es **creativo** y puede suplir, en la hipótesis de su ausencia, a los otros medios, cosa que no sucede a la inversa: «Un maestro bueno, enamorado de los niños e ignorante de las graves cuestiones de la pedagogía, llegará, a pesar de todo, a cumplir perfectamente su destino, porque el amor es, al fin y al cabo, la semilla productora del árbol de la sabiduría». (ivi., p. 310)

Mantener la niñez en el corazón y la adultez en la inteligencia

Inspirándose en la frase evangélica “despiertos como la serpiente y sencillos como las palomas” (Mt 10,16), Siurot orienta la labor del educador en una doble vertiente: mantener la niñez en el corazón y la adultez en la inteligencia. Niño y adulto es una terminología que Siurot inserta paradójicamente, pero que no encierra contradicción con el concepto de madurez a la que todo educando tiende. No se trata, pues, de una educación infantilista, sino de ser adulto, pero con la recuperación de la inocencia –bondad– infantil. En este sentido afirma Siurot: «El hombre en cuanto al sentimiento no es más que un niño que se ha echado a perder, y conviene a la perfección educadora que aquél llegue a viejo con el alma llena de sencillez infantil». (ivi., p. 299) Y en otro lugar dice: «No consiste la educación en hacer hombres de diez años, sino de conseguir niños de cuarenta o cincuenta» (Llerena, 1990, p. 110). Para mayor explicitación, Siurot concreta un conjunto de virtudes, características de la infancia, y que el educando debe procurar conservar y desarrollar: sencillez, inocencia, buena fe, confianza, generosidad, pureza, ser de Dios, alegría, felicidad, etc. (cf. Siurot, 1925a, pp. 6-7).

Este programa de ser hombre y niño a la vez debe estar presente en todo educador y sistema educativo, y su olvido o descuido «va contra la naturaleza humana y contra la palabra divina que en un momento de suprema enseñanza afirma: “En verdad os digo que los no seáis como estos niños no entraréis en el Reino de los cielos”». (ivi., p. 7)

Relación educador-educando basada en la fe, el respeto y la libertad

La relación del educador con el educando debe estar caracterizada por la libertad y el respeto a la originalidad de cada ser humano, lo que no impide, más bien exige en el maestro, un profundo conocimiento del niño. Al mismo tiempo, requiere la

consciencia de que la realidad humana, en el ser humano, está entorpecida por el pecado original.

A este respecto, Siurot, empleando la figura del médico, aboga porque el maestro llegue a obtener un conocimiento en profundidad del educando. Se trata de adentrarse en el alma dentro del niño. A esto lo denomina “expedición pedagógica”, expresando que se trata de una actividad educativa.

Además, Siurot sigue explicando que el maestro debe mantener una postura relacional de respeto, aunque de colaboración y promoción de las potencialidades del niño. El principio clave es el siguiente: «El hombre, el artista, el sabio, no es más que un desenvolvimiento, una perfección de la propia personalidad. De tal manera es así que cada alma es distinta de las otras [...] Cada uno tiene derecho a darle a la vida el gusto de su propio corazón». (Siurot, 1929, p. 302).

La consecuencia inmediata de este principio pedagógico es categórica y rotunda: el respeto del educador por el educando. Siurot señala dos posturas importantes a observar: una negativa, lo que no debe hacer el maestro, y otra positiva, cómo ha de ser su comportamiento. En la primera, la negativa, quiere evitar toda proyección del educador sobre el educando: «El maestro que se empeña en trasplantar sus nervios y su persona a la persona del discípulo, le mata la propia divina originalidad [...] El alma libre, que fue creada para el autovuelo, vuela entonces con alas prestadas». (ibídem). En el aspecto positivo, es muy rica la apreciación de Siurot porque salva perfectamente la libertad del alumno, a la vez que la responsabilidad del maestro: «El ideal ha de consistir en que el maestro sea solo un director de la propia espontaneidad natural [...] para que el reflejo de Dios, que vibra en cada alma de un modo distinto, surja con toda la luminosa originalidad que a Dios le plugo crearlo». (ivi., p. 303).

Una enseñanza de calidad basada en el esfuerzo

«Educar es hacer ciudadanos dignos y fuertes» (Siurot) .

Ser fieles a cuanto hemos recogido hasta aquí es la mejor forma para tratar de ofrecer a nuestros alumnos y sus familias una educación de calidad. La experiencia y los valores que emanan de la fe y que han sido transmitidos y traducidos por nuestros predecesores a nivel educativo, nos inspiran para poner al servicio de nuestros alumnos a los mejores educadores que, como nos recuerda Siurot, han de estar movidos, sobre todo, por el amor cristiano.

Asimismo, entendemos que como comunidad educativa debemos empeñarnos para que nuestros alumnos estén lo mejor capacitados para integrarse de manera solvente en la sociedad del siglo XXI. En este sentido, concebimos la calidad como acicate que permite que ninguno de nuestros alumnos quede excluido (Mt 18,10-14), sabiendo reconocer y acompañar sus necesidades, ayudándole a desarrollar esos talentos únicos que Dios le ha concedido (Mt 25,14-30).

Igualmente, consideramos que la calidad de la enseñanza se mide por la libertad interior que se genera en el educando. Para ello, es fundamental que los alumnos asuman la responsabilidad de construir una personalidad sólida, basada en la tan denostada cultura del esfuerzo. De este modo, podrán sobreponerse a una sociedad tantas veces líquida y sin criterio, forjando, con el paso del tiempo, un espíritu crítico. Dicho espíritu crítico, de modo particular, está llamado a confrontarse con las verdades que nacen de la fe y que se expresan en el magisterio de la Iglesia. De este modo, el joven logrará orientarse en medio de los vaivenes de la sociedad, manteniendo un vivo diálogo entre la fe y la cultura.

En definitiva, conscientes de la responsabilidad que tenemos como comunidad educativa, apostamos por una educación que, basada en los valores evangélicos, aspire a la formación integral, la inclusión social, el espíritu crítico y la igualdad de oportunidades, donde cada persona cuenta.

María Inmaculada, Madre y Maestra

No podemos concluir este repaso por los elementos que constituyen el ideario de nuestra Fundación sin hacer referencia a la Virgen Inmaculada, venerada como Madre y Maestra. A ella se confiaron nuestros fundadores. A ella consagró San Manuel González todo su apostolado. Y es que, María siempre estuvo muy presente en la vida de San Manuel. ¡Qué bonito recordar que sus danzas de “seise” se entrelazaban en torno a la Eucaristía en la octava del Corpus, y para honrar a la Inmaculada! Estas danzas son una metáfora de toda su existencia, dos amores que marcarán y orientarán toda la vida y vocación de nuestro querido santo. En su libro *El Rosario Sacerdotal* manifestó con fervor que una genuina devoción mariana conduce siempre a la íntima unión con Jesucristo. Por ello, quería a sus sacerdotes muy enamorados de la Virgen y muy fieles a su ministerio, rezando y meditando el rosario. Célebre es su famosa plegaria que redactó inspirado ante las plantas de la Virgen de la Cinta: “Madre que no nos cansemos”.

Y, si mariano fue San Manuel González, mariano fue su fiel colaborador. También a la Virgen María consagró toda su obra educativa. Una devoción mariana que le llevó a ser hermano mayor las hermandades de la Virgen de la Cinta y del Rocío de Huelva; muy vinculado también a la Hermandad Matriz de Almonte.

Bajo el manto de la Virgen María queremos poner el futuro de nuestra Fundación, para que, teniéndola como Madre y Maestra, podamos pronunciar el fiat confiado que nos haga siempre dóciles y disponibles a la acción de Espíritu Santo.

Misión, visión y valores

A través del modelo **misión, visión y valores** vamos a sintetizar cuanto hemos presentado en los apartados anteriores. Recordemos que la misión, visión y valores de una organización tiene como objetivo recoger las bases de su cultura; una cultura que da razón del porqué de sus decisiones, dotando de identidad a la organización y alineando la motivación y el enfoque de sus colaboradores en una determinada dirección.

Misión

La misión de una organización responde a la pregunta **¿quiénes somos?** Expresa la razón de ser de su existencia. Teniendo en cuenta ello, a través de los siguientes enunciados recogemos la misión de nuestra Fundación:

- ❖ Promovemos una **educación integral** que teniendo a Jesús como modelo de promoción humana y de crecimiento en libertad y responsabilidad garantice un desarrollo pleno de nuestros alumnos.
- ❖ Tomamos a **María Inmaculada**, Madre y Maestra, como modelo en nuestro quehacer pedagógico.
- ❖ Apostamos por una **formación espiritual** que llene de sentido la vida y fomente una educación basada en los valores evangélicos y en las virtudes, motor del desarrollo personal, eclesial y social.
- ❖ Impulsamos una **formación humana** que posibilite a los alumnos asumir la condición de sujetos activos de su propio destino.
- ❖ Ayudamos a nuestros alumnos a desarrollar un pensamiento crítico, basado en los principios de la **Doctrina Social de la Iglesia**, para que se inserten como ciudadanos responsables

en una sociedad que sitúe en el centro a la persona y que trabaje por el bien común de todos los pueblos.

- ❖ Desarrollamos una **formación intelectual**, curricular y cultural, suficientemente sólida, no sólo en conocimientos, sino también en hábitos y técnicas de trabajo intelectual y profesional.
- ❖ Realizamos una formación que estimule el respeto a la propia **dignidad e identidad personal**, a la de los otros y a la naturaleza y medio ambiente.
- ❖ Favorecemos un clima de respeto y acogida que favorezca el **encuentro personal con Cristo**, especialmente, a través del sacramento de la eucaristía.

Visión

La visión nos ayuda a responder la pregunta **¿quiénes queremos ser?** La visión de una organización contempla las metas que nos hemos propuesto conseguir en el futuro. En nuestro caso queremos hacer realidad los siguientes proyectos:

- ❖ Ofrecer a la sociedad onubense y a la Iglesia que camina en Huelva una serie de **centros educativos de referencia en el ámbito pastoral**, en estrecha colaboración con el resto de realidades diocesanas.
- ❖ Ser **cauce de promoción social y cultural** tanto a través de nuestras propias entidades como colaborando activamente con el resto de organizaciones públicas y privadas, promoviendo los derechos y los deberes de los niños y jóvenes, conjugando el respeto a la diversidad con una clara propuesta de la antropología cristiana.
- ❖ Promover la **comuni3n entre la Di3cesis y el resto de escuelas cat3licas** presentes en la provincia de Huelva, fomentando una mayor presencia p3blica de la ense1anza cat3lica como valor para la promoci3n social, cultural y educativa de nuestra tierra.

Valores

Los valores de una organización tratan de responder a la pregunta **¿Qué recursos poseemos?** Los valores son principios éticos, creencias o cualidades sobre los que se asienta la cultura de la organización y nos permiten crear nuestras propias pautas de comportamiento.

- ❖ El **valor de la fe** como fuente que sustenta y proyecta a los alumnos más allá de la visión materialista de la existencia.
- ❖ Una **educación basada en valores evangélicos y en la virtud** como una herramienta transversal que propicia el desarrollo integral de la persona.
- ❖ **Diálogo constante y colaboración continua con la familia** como primera entidad responsable de la educación de nuestros alumnos.
- ❖ La **atención personalizada de cada alumno** en todas y cada una de las etapas de la enseñanza, incluida la post-obligatoria.
- ❖ Una visión de la **diversidad como fuente de riqueza** para toda la comunidad educativa.
- ❖ La **evangelización misionera** a través de la labor educativa y de las diversas actividades pastorales, fomentando cauces de coparticipación y corresponsabilidad entre el alumnado.
- ❖ **Priorizar la “educación” sobre la “instrucción”.**
- ❖ **Partir de la experiencia y de la vida** como recurso didáctico.
- ❖ **Estimular la autonomía progresiva** a través de la exigencia-responsabilidad en el trabajo.

Rasgos del profesor

Finalmente, concluimos las páginas que conforman este ideario con la figura del profesor. Como bien apuntaba D. Manuel Siurot «la escuela no es más que maestro, maestro y maestro; por consiguiente cuando hay un buen maestro, de casi nada se carece» (ivi., p. 323).

Así pues, para hacer realidad el presente ideario, alma de nuestro proyecto educativo, es necesario contar con un plantel de profesores que respondan a las siguientes características. Unas características que son una derivación lógica de la identidad que en las páginas precedentes se recoge. De tal manera que, el profesor de la Fundación está llamado a:

1. **Asumir activamente el proyecto educativo de la Fundación.** Como bien señalaba D. Manuel Siurot la educación no puede ser neutra, ya que todo enseñante parte de una determinada cosmovisión, mucho menos la enseñanza religiosa en la que se inspira nuestra obra educativa. El profesor de la Fundación es un sujeto activo en la aplicación y la realización del presente ideario, llamado a ser testigo y transmisor de los valores evangélicos, interpretados a la luz del Magisterio de la Iglesia.
2. **Ser presencia educativa entre los alumnos.** Ello implica que cada profesor ha de desarrollar una vigilancia educativa que va más allá del trabajo en el aula. Otros entornos como el recreo, las tutorías con la familia, las excursiones, las convivencias son momentos privilegiados para la relación personal, para establecer esos vínculos que, a su vez, faciliten la implicación del alumno en su propio proceso de crecimiento y maduración.
3. **Establecer una relación personalizada y personalizadora con los alumnos.** El aprecio por cada uno de los alumnos no es suficiente, hemos de llegar a amarlos con verdadero amor

cristiano. Sólo entonces, además de ser buenos técnicos o profesionales, nos convertimos en verdaderos educadores, cuya relación educativa propicia el crecimiento y el desarrollo personal de los alumnos.

4. **Desarrollar un talante ejemplarizador.** Es bien sabido que el ejemplo es el mejor maestro y el mejor modelo educativo. Desde esta perspectiva el profesor está llamado a cuidar los modales y ofrecer un estilo de conducta que realmente sea ejemplar para los alumnos.
5. **Mantener una actitud bondadosa y alegre.** Estas dos actitudes responden a la preocupación de hacer de cada centro educativo un ámbito familiar en el que la felicidad y la alegría reinen entre los alumnos. Igualmente, ello no sólo es medio para que se desarrolle una personalidad sana y equilibrada sino que además posibilita un aprendizaje más efectivo. El profesor debe cuidar de no proyectar sobre los alumnos su acritud o problemas personales.
6. **Tener vocación y profesionalidad.** Son dos facetas imprescindibles en el ser del profesor que se reclaman recíprocamente. No obstante, por encima incluso de la profesionalidad está el carácter vocacional, ya que sin dicha dimensión el resto de exigencias serán difícilmente asumibles. Y es que, el verdadero educador más que realizar un trabajo profesional, cumple con una misión educativa.
7. **Ser educador versus enseñante.** Si bien es cierto que ha quedado ya superada la concepción "bancaria" de la enseñanza defendida por Paulo Freire y, consecuentemente, la del enseñante, su peso social sigue siendo grande. Y ello, de manera especial con la democratización de la enseñanza. Por ello, es necesario aún subrayar que el maestro, el profesor es fundamentalmente un educador y un orientador en el proceso de enseñanza-aprendizaje.
8. **Permanecer abierto y con actitud de búsqueda.** Es fundamental que el profesor no se quede fosilizado ni en el saber ni en el actuar educativo. Los destinatarios de su acción profesoral son niños y jóvenes que están en un proceso de cambio y que viven en un mundo que también

está sometido al constante devenir. Del mismo modo, la propia investigación pedagógica ofrece nuevos enfoques, sensibilidades, metodologías, recursos, competencias, etc., que están llamadas a integrarse en el quehacer educativo tras su oportuno proceso de discernimiento, adaptación y formación por parte del profesorado.

9. **Estar vinculado a la acción pastoral de la Diócesis.** Dado que nuestros centros son una parcela más de la pastoral diocesana, también dentro de la especificidad educativa-académica la evangelización es la tarea prioritaria. El profesorado, por tanto, está ligado a la Iglesia diocesana y su trabajo es un “apostolado”. Esta toma de conciencia es fundamental para que, desde cualquiera de las áreas en que trabaje, se sienta evangelizador y en sintonía con la Iglesia diocesana.
10. **Poseer un sentido de comunión eclesial y de colegialidad.** Es muy importante que el profesor cristiano, incorporado a una parcela pastoral de la Diócesis, dentro y fuera de su centro de referencia, mantenga una actitud de comunión eclesial, es decir, de sintonía y unidad con la Iglesia y con las directrices doctrinales de sus pastores. De la misma manera, esta comunión eclesial se debe traducir en un espíritu de fraternidad y de colegialidad con el conjunto de profesores y con los demás miembros de la comunidad educativa, de tal manera que se haga posible la colaboración y la coordinación de la actividad educativa al servicio de los alumnos.

Bibliografía

AA.VV. (1990), *Manuel Siurot, Maestro de ayer y de hoy*, Huelva, Imprenta Jiménez.

AA.VV. (2016), *Actas del IV Congreso Diocesano de la Educación Católica. La Escuela Católica, un pilar del progreso de Huelva*, Huelva, Artes Gráficas Bonanza.

Llerena, L. (1990), *Antología pedagógica de Siurot*, Huelva, Comisión cincuentenario.

Rodríguez, B. (1976), *Manuel Siurot, La opción cristiana en su actividad educativa*, Huelva, Instituto de Estudios Onubenses. Excma. Diputación de Huelva.

Siurot, M. (1924), *Discurso inaugural en el Congreso de Educación Católica*, en *Cada Maestrillo...* 66.

Siurot, M. (1925a), *Educación*, en *Cada Maestrillo...* 77.

Siurot, M. (1925b), *Pedagogía de Dios*, en *Cada Maestrillo...* 77.

Siurot, M. (1927), *Internados gratuitos*, en *Cada Maestrillo...*, IX, 96.

Siurot, M. (1929), *Cada Maestrillo...*, Madrid, T. Voluntad.

Siurot, M. (1935), *Luz de las cumbres*, Sevilla, ES Artegráfica.

Siurot, M. (1964), *Cosas de niños*, Sevilla, Escuela Gráfica Salesiana.



FUNDACIÓN DIOCESANA DE ENSEÑANZA
MANUEL SIUROT